

863
Z.

PQ6647
. D5
P8



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Derechos reservados.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Ramón Sopena, impresor y editor; Provenza, 93 e 97.—Barcelona

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

PUNTO - NEGRO

Más que al odio de un hombre
temed al amor de una mujer.
SÓCRATES.

I

El encuentro ocurrió a mediados de noviembre y en la Puerta del Sol, frente al café Universal. Eran las siete de la tarde: él salía, embozándose hasta los ojos, ella pasó muy de prisa, con el paraguas abierto y las faldas recogidas, y un pasito menudo de perdigón fugitivo; era pequeña, gruesa, con un talle que valoraba las turgencias de las caderas y del seno; él la miró con ojos de codiciosa sorpresa, admirando que un cuerpo tan diminuto pudiese compendiar tantos atractivos. Pero no pudo ver más: aquello fué un chispazo, una sombra de mujer que se aleja, dejando tras sí una especie de polvillo luminoso impregnado de suave perfume... La visión huía y su cabecita desapareció entre la multitud que obstruía la acera, como si aquella masa humana fuese un abismo hambriento.

El frío era intenso, la lluvia arreciaba; Claudio Antúnez hizo ese gesto indefinible del hombre que renuncia a un deseo por pereza, y corrió hacia el tranvía, que en aquel momento empeza-

ba a subir penosamente la calle de la Montera. En la plataforma trasera iban varios individuos de diversas cataduras, un clérigo y dos soldados de la Escolta Real, inmóviles y fríos, bajo sus blancas capas, como copos de nieve.

—Pase usted, caballero—dijo el cobrador a Antúnez—; ahí dentro, a la izquierda, hay un asiento...—Y agregó:— señores, tengan la bondad de correrse un poquito...

Los viajeros, aunque de mala gana, se estrecharon, y Claudio pudo acomodarse entre un jovenzuelo que dormitaba con el rostro metido en el cuello de su gabán, y una jamona coloradota, apoplética, que llevaba sobre sus rodillas un cesto lleno de legumbres. Aquellas hortalizas despedían un olor insoportable para olfatos delicados, y la mujer que las llevaba tenía en su persona señales inequívocas del más incurable desaseo; Antúnez estuvo tentado de levantarse, pero se contuvo, temiendo que su delicadeza pareciese excesiva a los que, indudablemente, sufrían sin protestar, la misma repugnante sensación.

Casi todos los viajeros eran gente trabajadora, obreros de Chamberí y Cuatro Caminos que salían de sus talleres, con las manos negras y encallecidas, las coyunturas de los dedos deformadas por el continuo ejercicio, los semblantes marchitos, el mirar apagado. En aquellas frentes acuchilladas por el trabajo se traducía el abatimiento de los seres condenados a una lucha sin treguas: iban mal vestidos, con los pantalones salpicados de barro y las chaquetas de remiendos; desgrefñados, silenciosos, con un mutismo que tenía algo de altanero y de agresivo, agobiados de cansancio y miseria, sin otro pensamiento que el de llegar pronto a sus chamizos para echarse a dormir sobre un jergón de paja y olvidarse de todo. Aquel pueblo, que salía de las fábricas secándose con

el dorso de la mano el sudor que le inundaba la frente, era zafio y olía mal; pero la culpa no era suya, sino de la miseria implacable que no permite discurrir ni asearse; y Claudio Antúnez, condolido de tantos sufrimientos ignorados, miraba atentamente aquellas cabezas vigorosas, curtiditas por las inclemencias del cielo y el hálito abrasador de las fraguas, que se destacaban melancólicas, bajo la amarillenta luz irradiada por los quinqués del coche.

El tranvía avanzaba lentamente; algunos granizos que caían mezclados con la lluvia azotaban furiosos los cristales; fuera se oía el metálico ruido de las herraduras del ganado, que resbalaba en los mojados adoquines, y la robusta voz del mayoral, que chasqueaba su tralla, estimulando a las mulas del encuarte, que no tiraban bien.

—¡Hiá, hiá...! ¡Arre...! ¡Maldita sea...!

El coche se estremecía y los quinqués parpadeaban, lanzando a través del ambiente infecto que iba abotagando a los viajeros, un fúnebre resplandor de cirio: los cristales de las ventanillas se cubrieron de una liviana capa de vapor acuoso, y el olor a cuerpos sudados y a legumbres putrefactas, acrecía, asemejándose el interior de aquel vehículo cerrado a un estómago digiriendo una copiosa comida. Al pasar ante la calle de Jardines, el cobrador tiró de la correa del timbre, mandando parar.

—No puedo detenerme aquí—gritó el mayoral—, ¿no ves que estoy en la cuesta, hombre, o es que se te ha subido el vino a la sesera...? ¡Hiá, hiá...!

El timbre repitió la orden.

—¡He dicho que no quiero, y ya puedes tocar hasta que el corazón se te parta!

Los pasajeros miraron al cobrador.

—¿Qué ocurre?—preguntó alguien.

—Nada—repuso una mujer que había limpiado el vaho de su ventanilla para ver lo que en la calle sucedía, que una señora quiere subir y el mayoral dice que no puede ser.

—¡Valiente modo tienen de tratar al público!

—Pero, señor mío—repitió agriamente un obrero ya viejo—, ¿no conoce usted que el hombre está en la cuesta y que si el ganado se detiene no hay quien le haga arrancar después...? ¡Cuidado con las pocas luces...! Yo quisiera verle a usted ocho horas seguidas de pie en esa plataforma, con frío o con sol, y sin moverse ni para beber un maldito vaso de veneno...

Otro obrero terció en la conversación.

—¡El caballero tiene razón!—exclamó muy sofocado—; los empleados de estas Compañías cobran para servir al público que paga, y este coche se detiene ahora mismo por encima de la cabeza del gobernador...

Pero, afortunadamente para los «empleados de la Compañía», aquella generosa intervención fué innecesaria, porque la señora había logrado subir ayudada por uno de los militares que iban en la plataforma. La nueva viajera asomó la cabeza, lanzando una mirada al interior del vehículo.

—No hay asiento—dijo el cobrador.

—No importa—repuso ella—, iré de pie.

—Siéntese usted aquí, señora,—exclamó Claudio Antúnez, levantándose.

La joven, que joven y muy hermosa era la mujer a quien el galante ofrecimiento fué dirigido, lo aceptó con una leve sonrisa y una ceremoniosa inclinación de cabeza. Claudio quedó en pie, el dorso apoyado contra la puertecilla delantera, mirando a la recién llegada con aire sonriente. ¡Qué casualidad...! Aquella señora era la mujercita que

momentos antes vió en la Puerta del Sol, cuando él salía del Café Universal.

Representaba tener veinte años, y aunque alcanzaba ya la plenitud del desarrollo, parecía una niña que se hubiese recogido la trenza para disimular su poca edad. Vestía una falda color azul marino, guantes de cinco botones, una vistosa capa de piel con cuello Médicis y una capotita adornada con plumas y lazos negros: sus cejas eran arqueadas, los ojos grandes y riseteros, la nariz fina y un poquito levantada; los labios delgados, enigmáticos, formando una línea sonrosada casi imperceptible; la barbilla saliente y audaz, la frente bombeada y de marfileña blancura; la fisonomía alegre y expresiva: y como si tantos detalles no bastasen a formar una muy peligrosa conjunción de perfecciones, tenía una cabellera encrespada, fuerte, negrísima, que encerraba las sienas en un marco de azabache; era una cabecita inteligente, deliciosa, sepultada voluptuosamente entre las pieles del cuello de la capa.

El jovencillo del gabán la miró receloso; Claudio Antúnez la examinaba también: en cuanto a los demás viajeros, habían satisfecho su curiosidad con una ojeada, y ya no les preocupaba aquella señora tan diminuta que no alcanzaba al suelo con los pies.

Claudio reflexionaba, procurando resolver algunas preguntas.

—¿Será casada?—decía—; no es posible, porque no hay un hombre que teniendo una mujer tan joven y tan linda, la deje corretear por Madrid a estas horas y con este frío. O quizá sea novia de alguno de esos olorosos pisaverdes que pasean sus cabezas de imbéciles entre las dos puntas de un cuello de pajaritas...

Discurriendo en estas tonterías continuaba examinándola con embeleso creciente: aquella mujer

tenía arrugas en la frente y en las comisuras labiales.

—Y debe de hablar y discurrir mucho—pensó Antúnez advirtiendo estas particularidades fisiológicas—; y probablemente tiene talento para que nada bueno le falte...

Sonó el timbre, y el coche se detuvo frente a la calle del Desengaño: era que subía una señora anciana, a quien el chaparrón había puesto en estado deplorabilísimo, salpicada de barro y calada hasta los huesos; asomó la cabeza por la portezuela mendigando con los ojos un asiento; pero nadie se movió, y tuvo que quedarse en la plataforma.

El cobrador empezaba a presentar los billetes: al ofrecerle el suyo a la viajera pequeña, ésta sacó de su portamonedas una pieza de cinco pesetas, guardó el cambio sin contarle, y cerrando la carterita con un elástico se la escondió en el seno; en cuanto al billete que acreditaba haber pagado el importe de su pasaje, lo arrojó al suelo convertido en una bolita de papel azul. En estas minucias se fijó Claudio Antúnez, acomodándolas al curso de sus pensamientos.

—Parece — decía — una burguesita acostumbrada a manejar dinero; y despreocupada, porque no examina el dinero; y confiada, porque no conserva el billete...

El tranvía pasaba por la calle de las Infantas, y Antúnez recordó que en su casa estarían esperándole para cenar; pero el coche iba muy de prisa y una fuerza secreta, un magnetismo de mujer hermosa, le quitaron los deseos de marcharse. Hubo un momento, ese momento novelesco que sirve de origen o punto de partida a los enredos amorosos, en que la viajera levantó la cabeza mirando a Claudio con la indiferencia del distraído que no sabe lo que ve, y Antúnez

sintió culebrar por su cuerpo un calofrío nervioso: aquellas pupilas negras que parecían flotar en un globo húmedo y brillante, le miraban sondeándole. Varias veces los ojos de la joven y los de Claudio tropezaron y hasta quisieron decirse algo secreto... y él, enloquecido por tan insinuantes preliminares, ya no sentía el repugnante olor de las legumbres podridas, ni recordaba aquellas cabezas de obreros que oscilaban a cada nuevo traqueteo del vehículo, bañadas en la melancólica luz de los quinqués; pues aunque era altruista por temperamento y las desgracias del prójimo le afligían tanto como las suyas propias, el lejano amor que aquella mujer le ofrecía, le quitaba, haciéndole feliz, los deseos de ser socialista; ningún dichoso lo es; el socialismo es el credo político de los que sufren.

Claudio Antúnez se mantenía en la misma actitud, una actitud de emperador romano: con un pie delante del otro, los brazos cruzados sobre el pecho y el embozo de la capa caído, orgulloso de preocupar a la monísima viajera. Ella también le examinaba de reojo, seducida por aquella arrogante figura de macho apasionado y triunfador. Antúnez estaba en el apogeo de su juventud: era alto, fornido, con una elegancia y una soltura de movimientos de luchador espartano; la frente grande y algo echada hacia atrás, las cejas pobladas, los ojos expresivos y dominadores, la tez bronceada, la nariz ancha, los labios gruesos y sensuales; usaba bigote y barba corrida, negra y fuerte, y el pelo a media melena, como los poetas del período romántico; hermosa cabeza de artista, que sobresalía altanera por entre los pliegues de un pañuelo blanco anudado al cuello con cierto desaliño y como al desgairé.

Cuando el tranvía llegó a la Glorieta de Que-

vedo, hubo entre los viajeros un gran movimiento, y Claudio pudo sentarse frente a la coqueta mujercita de la capa de pieles y de tal modo, que ella tenía forzosamente que mirarle. Fuera se oía una voz aguda y destemplada que preguntaba:

—¡Chuletas de huerta, patatas *asás!*

Y el sordo ruidito del aguacero: después vibró el timbre, y el vehículo empezó a rodar por la calle de Bravo Murillo.

A través de los empañados cristales se veían desfilar confusamente, como perdidas en jirones de niebla, las casas, algunas de pobrísimo aspecto, que limitan la vía por uno y otro lado, y los faroles, semejantes a agujeros luminosos abiertos en la obscuridad; luego aparecieron los raquíticos jardinillos que circundan el Depósito de aguas, y los arbolones plantados en las cunetas del camino. Aquel campo desierto y fangoso, anegándose bajo el agua que caía del cielo encapotado; tenía una nostalgia infinita, únicamente resonaban los sordos rumores de la lluvia y del viento, que azotaban el follaje, produciendo ese murmullo monótono de las selvas; y el crujir de ruedas y cadenas del tranvía que pasaba como un meteoro a lo largo de la calle solitaria, con sus luces encendidas y su atmósfera cálida y mal oliente de estómago que digiere, dejando tras sí, conforme se alejaba, un reguero de tristeza que reforzaba los tonos sombríos del cuadro.

Nadie hablaba: algunos habían inclinado la cabeza y dormitaban, la boina echada sobre las cejas y el rostro oculto tras los pliegues de sus bufandas; una mujer joven, pero ajada por el trabajo, que iba amamantando a un niño, bostezaba continuamente y mientras duraba el bostezo se persignaba la boca, cual temiendo que el

alma se la escapase sin confesión o que algún diablillo se la introdujera esófago adentro; y como el silencio era completo, el eco perezoso de aquel soñoliento bostezar quedaba flotando en el aire, aumentando el general fastidio. Entretanto, Claudio Antúnez, resuelto a emprender la conquista de la linda desconocida, seguía acosándola con los ojos; ella, aburrida de tan rudo asedio, miraba hacia fuera, impaciente.

Al fin se sintió el rechinar del freno que apretaba las ruedas y el coche se detuvo: a un lado aparecía la casucha donde tienen sus oficinas los empleados del resguardo; al otro, la rojiza luz del farol de una Casa de Socorro. Habían llegado a Cuatro Caminos y cada cual marchó por su lado; unos desperpezándose ruidosamente y frotándose los ojos; otros renegando del mal tiempo y del frío, que les atería los pies.

La joven bajó del coche, abrió su paraguas y echó a andar con su menudo pasito de perdigón, recogiendo las faldas con urbana pulcritud; primero torció a la derecha, buscando la parte más alta y menos enlodada de la carretera, y luego continuó hacia Tetuán, seguida de Claudio. Eran cerca de las ocho; muchas puertas estaban cerradas; en las tabernas resonaban las broncas voces de los borrachos que disputaban o reían, la lluvia caía siempre y el camino era impracticable, porque el alumbrado público, muy deficiente en aquellos sitios, no bastaba a mostrar los baches y barrizales del camino. Y la tentadora desconocida fué dejando atrás la primera manzana de casas, y la segunda y la tercera también y atravesando muchas bocacalles que los aguaceros convirtieron en pantanos, y proseguía impávida hacia delante, con el aplomo del que sabe perfectamente a dónde va.

Antúnez empezó a dudar; no sabía si conti-

nuar como hasta allí, respetando la honesta distancia que le separaba de la viajera, o si acercarse, fiando a su buena suerte el feliz remate de aquel amoroso escarceo.

Al llegar al convento de Nuestra Señora de las Maravillas, ella quiso saltar la cuneta; mas como era muy ancha por aquel sitio y estaba llena de agua, tuvo que detenerse mientras hallaba un punto practicable; aquel incidente obligó a Claudio Antúnez a abordarla, resuelto a decir algo, aunque fuese una tontería.

—Señora, ¿permite usted que la acompañe...? El camino es tan solitario, tan oscuro...

Ella no contestó; había descubierto el paso practicable que buscaba, y, saltando la cuneta, continuó andando con sus faldas recogidas, impassible, como si nada hubiese oído. Pero Claudio, con las primeras palabras, rompió el hielo que hasta entonces le contuvo.

—Creo—prosiguió—que no pecaré de imprudente reiterándole mi ofrecimiento, pues las circunstancias excepcionales de esta noche me disculpan.

Entonces la interpelada volvió la cabeza y repuso con cortesía y aplomo perfectos:

—No, muchísimas gracias; se molestaría usted inútilmente.

—Tengo mucho honor...

—Es usted muy galante y no permito que tan cortés caballero se incomode; mi casa está cerca y el camino no ofrece peligros. Conque... buenas noches.

Y como comprendiese que él no desmayaba y que volvía a la carga armado de nuevos argumentos, se detuvo, exclamando con la voz alterada por la emoción o por el despecho:

—Le he dicho que se retire, y espero de su amabilidad esta obediencia.

—Señora — repuso Claudio inclinándose con hipócrita afectación—, mi mayor gusto sería complacerla en algo, pero usted exige un imposible, y la ruego no achaque a terquedad mi negativa. Yo deseo hablar con usted unos momentos, y para eso la he seguido desde Madrid, acechando afanoso la ocasión propicia de acercarme a usted y ahora que esa oportunidad se ofrece, ¿voy a desaprovecharla...? ¡Sería pueril...!

—Ea, pues, vamos andando—replicó ella deponiendo su actitud y adoptando un tono entre jovial y zumbón—; empiece usted; ya le oigo... puesto que es absolutamente preciso.

Habían llegado a un convento de monjas, y ella continuaba hacia Tetuán.

—Lo que voy a decir—prosiguió Antúnez sin desconcertarse—, ya lo sabe usted, y por eso lo expongo así, en crudo, sin retóricas impertinentes. Todavía no la adoro a usted, pues el amor en los hombres de treinta años va muy despacio; pero me agrada usted muchísimo, como no ha logrado interesarme ninguna otra mujer, y espero, si tengo ocasiones para ello, conquistar su estimación y más tarde su cariño... porque yo la querré a usted de veras, ¡qué digo...! creo que la quiero ya, y las grandes pasiones son contagiosas...

Ella acortó el paso, escuchándole atentamente.

—Comprendo que mi declaración es intempestiva, pero mía no es la culpa; esclavo de mis pasiones soy y voy por donde éstas me arrastran; y, además, el temor de perderla me hace temerario; aquí la he visto y aquí me declaro a usted, fiado en que su buen sentido sabrá conceder a mi palabras su justo valor.

—Eso es muy difícil.

—No lo es para una mujer discreta.

—A veces no basta la discreción... Los honr...

PUNTO-NEGRO.—2

bres son como cajas de sorpresa, guardadoras casi siempre de grandes desengaños...

Continuaron discutiendo. Claudio insistía.

—Va usted muy de prisa — repuso ella sonriendo.

—Es muy grande la fuerza que me empuja.

—¿No tiene usted treinta años?

—Treinta años hace, en efecto, que nací...

—Pues procure no abandonarse a esa corriente simpática—contestó riendo—, porque la edad de la crucifixión se acerca...

Se habían apartado del camino y avanzaban por una hondonada destinada probablemente a figurar como calle limpia y bautizada en los futuros planos de Madrid: a un lado aparecía un cobertizo con arados y carretas a medio construir, y al frente varias casitas de un solo piso y algunos arbolillos escuetos.

—No comprendo si habla usted en serio o en broma — dijo Claudio, mortificado por las burlas de la joven—; pero desde luego declaro que mi pasión es leal y que no me importa morir si usted quisiera ejecutarme. No la he preguntado por su estado — añadió exaltándose—, porque no me importa; yo la quiero a usted soltera, y la quiero viuda a pesar del recuerdo del marido muerto, y casada a despecho del esposo vivo. Soy huérfano; no tengo familia ni compromisos amorosos; vivo feliz porque vivo de mi trabajo, y estoy orgulloso de mi profesión de artista y de mi apellido, que usted conocerá: soy pintor, señora, y me llamo Claudio Antúnez.

—Sí, efectivamente... Recuerdo haber leído ese nombre alguna vez.

Salieron de la hondonada, y ella exclamó extendiendo el brazo:

—Allí tiene usted mi casa.

En el término de un llano que se ensanchaba

en ligero declive, aparecían tres hotelitos juntos, iluminadas por un solo farol.

—Ahí vivo yo — añadió la joven—, en el de en medio: ¿ve usted una luz en el pabellón de la izquierda? Aquél es el gabinete donde por las tardes me siento a coser; y, adiós, que están esperándome.

Estas últimas palabras las dijo maquinalmente, poseída de extraña agitación, deseando alejarse para sustraerse al secreto poder sugestivo de una idea.

—Pero, ¿se va usted así...?—exclamó Antúnez—, eso es cruel.

—¿Qué desea usted?

—Saber cuándo y dónde puedo verla. ¡No juegue usted conmigo...!

Ella titubeaba; de pronto echó a andar.

—¿Para qué es ese empeño?—dijo tristemente—. El amor no existe fuera de los libros... Pues bien, sea; usted tuvo la fineza de decirme quién es, y quiero corresponder a su atención con otra igual. Ahí tiene usted mi casa; puede usted visitarme cuando guste... yo me llamo Matilde...

Y se contuvo, avergonzada de haberse franqueado tanto con aquel desconocido.

—Matilde... ¿y el apellido?—preguntó Antúnez.

—Landaluce... Y, adiós, otra vez, que es muy tarde...

—Pero, ¿vive usted sola?—repuso el pintor estrechando la manecita enguantada que ella le tendía.

—No, con mi familia.

—¿Es usted casada?

—Sí.

—¡Ah!...

Hubo una pausa. Matilde, agregó:

—¿Qué piensa usted?

—Entonces—dijo Claudio—no quiero, por ahora, verla ahí; probablemente no sabría representar mi papel de simple amigo; conviene que nos reunamos en otro sitio, para que podamos hablar con libertad y usted acabe de conocerme.

—No exija usted eso — replicó la joven procurando desasirse—; yo no puedo salir siempre, a veces no me dejan...

Estaban en medio de la explanada, y él continuaba porfiando sin calcular el peligro a que se exponía.

—Sin embargo — murmuró—, como esta tarde habrá muchas...

—Espéreme usted pasado mañana, a las tres de la tarde, en la iglesia de Chamberí — repuso ella, retirando violentamente la mano que el pintor retenía prisionera entre las suyas.

—¿Sin falta?

—Sí, sin falta; sólo prometo ir... en cuanto al resultado de la entrevista, nada digo... Y no siga usted; es una imprudencia...

—Bien, Matilde, adiós...

—Adiós, Claudio.

La vió alejarse como horas antes la viera en la Puerta del Sol: andando con el paraguas abierto, las faldas graciosamente recogidas y un paso menudito de perdigón fugitivo, dejando tras sí una especie de polvillo luminoso impregnado de suave perfume... y abrir la verja del jardín que daba entrada a su hotel, y desaparecer entre las sombras sin volver la cabeza.

II

Claudio Antúnez habitaba un hermoso gabinete con alcoba y dos balcones volados a la Plaza de Bilbao, desde los cuales se veían la calle de San Bartolomé en toda su longitud; estrecha, hú-

meda, poblada de zapaterías que exhibían sus géneros al aire libre; y las de Infantas y Clavel, por donde empezaba a discurrir desde muy temprano un reguero de transeuntes.

La dueña de la casa era Teresita Sanz, una manchega pequeña y redonda como un barril de aceitunas, la que, a pesar de sus cincuenta años bien corridos y de su viudez, conservaba una amabilidad y un buen humor inalterables. Cuando se encontró sola, sin varón que la defendiera ni hijos crecidos que la mantuviesen, se puso a servir; y más tarde, merced a la generosa protección de un señorito aristócrata, logró emanciparse y amueblar decentemente un pisito en donde vivía, ajena de cuidados, con Claudio Antúnez y dos empleados del Banco, hombres formales, que pagaban su pupilaje puntualmente.

Con aquel modestísimo haber quedaban satisfechas las aspiraciones de Teresa; sin deseos mortificantes ni recuerdos que entristecen, vivía como cualquier cuadrúmano, satisfecha de no tener trampas ni papeletas de empeño en las gavetas de su cómoda, ni otro pensamiento que el aderezar bien las comidas y conservar la casa reluciente, como tacita de oro. Aquel esmero lo tuvo al principio por cálculo, pero después fué buena por costumbre, y ya en las postrimerías de su vida hosteril, más parecía abuela complaciente y benévola, que pupilera codiciosa.

Claudio Antúnez estaba muy satisfecho de hallarse tan bien instalado, gozando de su libertad de soltero que no mantiene queridas y entregado a sus pinceles y a sus juveniles disipaciones. Aquella existencia febril se revelaba en el desaliño de sus trajes, en su media melena áspera y rebelde a los peines y al cosmético, que le daba aspectos de trovador provenzal, y en el desorden de su cuarto, que trascendía a museo o a tienda